

Saber y autoridad: intervenciones de psicoanalistas en torno a la crisis en la Argentina

MARIANO PLOTKIN
IDES / CONICET

SERGIO VISACOVSKY
IDES / UBA / CONICET

Hacia fines del 2001, la Argentina sufrió su más severa crisis de las últimas décadas. La misma se manifestó en un desastre económico sin precedentes, en la pérdida de legitimidad de los grupos gobernantes y de los políticos en general, y en una consiguiente crisis de representación que culminó con el escenario turbulento que eclosionó el 19 y 20 de diciembre, y que dejó como resultado una veintena de muertos y la caída del gobierno de Fernando de la Rúa. Se desencadenó así una crisis política y económica profunda, en la cual la pérdida de confianza en los políticos y en la política tradicional se combinó con la protesta popular creciente y la aparición de algunas nuevas formas de debate y participación públicas. Esta situación crítica promovió la formulación de discursos y diagnósticos desde diversos saberes sociales, provocando una reconfiguración de las posiciones relativas de prestigio de los mismos, y de sus practicantes. Mientras algunas formas de referencia a la realidad social eran percibidas como ineficaces, otras – más notablemente el ensayo histórico de tinte revisionista y la literatura de denuncia – , satisficieron mejor las demandas de explicación generadas en la sociedad. En general, lo que se percibió en esos años fue una proliferación de intentos de interpretación de la crisis provenientes de diversos espacios del campo intelectual.

mplotkin@ides.org.ar seredvisac@fibertel.com.ar

Dentro de este vasto conjunto de intentos de interpretación vinculados a la crisis, este artículo se propone analizar las intervenciones de un grupo particular de intelectuales que desde las últimas cinco décadas ha ocupado un lugar muy peculiar en la cultura urbana argentina: los psicoanalistas. Durante la coyuntura 2001-2002, la opinión de los psicoanalistas fue requerida muy frecuentemente por los medios de difusión, sobre todo escritos. Al mismo tiempo, desde el campo psicoanalítico se observó una oferta de interpretaciones sobre el momento que vivía el país. Lo que nos interesa discutir en este trabajo es, por un lado, la naturaleza de los aportes sobre la crisis provenientes del psicoanálisis y, por el otro, formular algunas hipótesis sobre lo que estas intervenciones nos dicen acerca de la situación del campo “psi” en la Argentina.

Desde la década de 1960, el psicoanálisis en la Argentina ha desbordado ampliamente su campo original de aplicación y se ha diseminado como un artefacto cultural polisémico.¹ El psicoanálisis se ha convertido en el dominador común de un vasto universo designado localmente como “psi”, ocupado por un heterogéneo conjunto de prácticas y discursos, así como por todo un amplio espectro de teorías e instituciones que se legitiman, o bien reconociendo su origen en el pensamiento psicoanalítico, o bien posicionándose frente a él como una opción. Pese al avance que ha tenido lugar desde los años 1990 de una serie de terapias que han recibido el nombre de “alternativas”, el psicoanálisis continúa conservando su predominio indiscutido dentro del universo de las prácticas psicoterapéuticas.² Muchos conceptos de origen psicoanalítico están incorporados – sin conservar necesariamente su significado especializado – a las formas cotidianas del lenguaje. Así, es común escuchar en conversaciones casuales la utilización de palabras tales como “yoico”, “inconsciente”, “edípico,” “proyección” y otras; o de neologismos tales como “psicopatear”; “histeriquear”, etc. Podría decirse que, al menos entre amplios sectores de la clase media urbana (y probablemente no sólo entre ellos), el psicoanálisis ha constituido un componente importante de una grilla interpretativa a través de la cual se da sentido a situaciones emergentes de la vida cotidiana, en particular aquellas situaciones percibidas como conflictivas y traumáticas.³

Por otro lado, la crisis argentina se superpuso a un momento particular en la historia del psicoanálisis a nivel internacional. Desde hace tiempo, pero particularmente en los últimos veinte años, muchos han sostenido que el psicoanálisis se encuentra en un momento crítico de su historia. Los fuertes cuestionamientos originados desde fuera del campo psicoanalítico, dirigidos tanto a su eficacia como método terapéutico como a sus fundamentos epistemológicos y filosóficos y, en particular, la difusión de una psiquiatría renovada de índole somática, han forzado a los psicoanalistas a entrar en un debate donde el objeto es la propia disciplina que practican.⁴ Aunque no todas las críticas sean novedosas, pareciera

que ha sido en los tiempos más recientes cuando las mismas comenzaron a ser recogidas dentro de la comunidad psicoanalítica, debilitando algunas certezas en el interior del campo. Esta situación crítica, fácilmente reconocible en otros contextos nacionales, ha sido, sin embargo, con frecuencia minimizada en nuestro país; el mundo psicoanalítico local pocas veces ha optado por debatir con estas voces críticas en forma pública y a menudo ha preferido reforzar sus fronteras con el exterior insistiendo en interpretar toda crítica como resistencia, acusando a sus críticos de ignorancia en la materia, o insistiendo que los ataques sólo reiteran los ya recibidos por el mismo Freud en vida.⁵

Las relaciones entre situaciones de crisis y los saberes que supuestamente estarían en condiciones de dar cuenta de ellas han sido siempre complejas. Situaciones socialmente percibidas como críticas pueden poner en cuestión algunas certezas de esos saberes y, en algunas instancias, hasta la naturaleza de los saberes mismos. Pero, por otro lado, en otras circunstancias estas situaciones críticas también pueden contribuir a consolidar la legitimidad de esos saberes y de sus practicantes, constituyendo a los primeros en sistemas socialmente válidos para generar intervenciones sobre las crisis, y a los segundos en las voces autorizadas para diagnosticar y proponer soluciones. Diversos autores han llamado la atención acerca de estos vínculos doblemente constitutivos entre situaciones percibidas socialmente como críticas y el desarrollo de formas de conocimiento destinadas a diagnosticarlas o a intervenir sobre ellas. Peter Wagner, por ejemplo, asocia el surgimiento de las ciencias sociales modernas a fines del siglo XIX a lo que llama la “primera crisis de la modernidad”.⁶ Los nuevos saberes sobre la sociedad se constituyeron en productores de discursos y prácticas autorizados para hablar desde la ciencia de las consecuencias de esta crisis a la que, a su vez, construyeron como objeto de estudio e intervención. Ahora bien, en el 2001 el psicoanálisis conformaba una forma de saber ya difundida y socialmente legitimada en el espacio cultural urbano argentino. Sin embargo, la coyuntura crítica emergente en diciembre de ese año parece haber generado condiciones de posibilidad para el crecimiento de una demanda por parte de los medios masivos de comunicación, que facilitó el desplazamiento del lugar social de los psicoanalistas desde una posición de “expertos” a la de “intelectuales”, es decir individuos autorizados, por la posesión de un capital de conocimientos específico y la ocupación de un lugar socialmente legitimado, a intervenir en cuestiones más amplias de la esfera pública.⁷ Al mismo tiempo, estas intervenciones constituían a la crisis en un objeto susceptible de ser analizado desde un punto de vista psicoanalítico. Algunos psicoanalistas adquirirían, junto a intelectuales asociados a otros saberes específicos o no, autoridad para formular intervenciones públicas sobre la crisis, a pesar que la misma disciplina era objeto de debates y miradas críticas desde dentro del campo psi.⁸

Como intentaremos mostrar en este trabajo, las relaciones entre la crisis de 2001 y el psicoanálisis fueron de índole compleja. Nuestra hipótesis, basada en la lectura de un corpus representativo de textos escritos por psicoanalistas y publicados tanto en periódicos de difusión masiva como en revistas destinadas al interior del campo psi, es que, al habilitar espacios de difusión del discurso psicoanalítico sobre ella misma (e indirectamente sobre el psicoanálisis), la coyuntura crítica puso en evidencia, a través de las limitaciones de esos discursos, tensiones y rupturas existentes dentro del propio campo psicoanalítico argentino, problemas cuya existencia no era reconocida de manera unánime dentro del mismo. Debemos advertir que nuestro análisis se centra en publicaciones de carácter nacional pero generadas en la ciudad de Buenos Aires, donde se concentra la vasta mayoría de los psicólogos.

La crisis emergente en diciembre del 2001 y el mundo psi

La crisis tuvo un fuerte impacto sobre las profesiones y los servicios públicos. El área de salud mental y en particular el mundo psi no estuvieron exentos de sufrir sus consecuencias. Psicólogos y psicoanalistas se vieron forzados a buscar soluciones imaginativas frente a los efectos de la crisis sobre su profesión. ¿Cómo seguir enfatizando, por ejemplo, la importancia del pago de las sesiones, cuando toda la cadena de pagos quedaba rota frente a la desaparición del circulante? Cada vez menos pacientes parecían estar en condiciones de poder continuar (y mucho menos iniciar) terapias de tipo psicoanalítica con la inversión en dinero y tiempo que esto supone, lo cual obligó a los terapeutas a flexibilizar el clásico “encuadre psicoanalítico”. Por otro lado, si, como sugiere el antropólogo mexicano Claudio Lomnitz, una crisis implica un quiebre en la temporalidad que separa el presente del pasado introduciendo incertidumbres respecto del mañana y, por lo tanto, impidiendo la formulación de imágenes creíbles de un futuro deseable (es decir, generando una “saturación del presente”),⁹ entonces las condiciones de posibilidad de terapias largas de tipo psicoanalítico pudieron verse seriamente afectadas, incluso por el lugar crucial que la temporalidad (que articula pasado, presente y futuro) tiene en ellas. En la urgencia del presente, pocos se veían posibilitados para bucear en un pasado remoto las condiciones para una curación que tendría lugar en un futuro también remoto, pero que se actualizaban (las condiciones) en el día a día de las sesiones. En términos generales, se podría decir que la imposibilidad de proyección hacia el futuro estaría, tal vez, encarnada mejor que en ningún otro ejemplo en el grito de “que se vayan todos”, que se escuchaba en las calles de Buenos Aires durante la crisis de 2001-2002, y que luego se repetiría en otros países. Frente a esta nueva

situación que limitaba drásticamente su capacidad de acción y por lo tanto sus ingresos, algunos profesionales se vieron forzados a ofrecer sus servicios en los “mercados de trueque” que proliferaron por la ciudad en esos meses duros.

La preocupación y, más en general, los discursos y las prácticas vinculados a las consecuencias psíquicas de la crisis, sin embargo, no disminuyeron. Buena parte de los “desplazados del diván” pasaron a engrosar la clientela de los hospitales públicos en busca de aquello que no podían procurarse por medios privados. Durante el año 2002, la demanda de servicios psiquiátricos en hospitales públicos aumentó en un 30%. Los “nuevos pobres”¹⁰ desplazaron a los “viejos pobres” de los servicios hospitalarios cuando estos últimos ya no podían siquiera pagarse el transporte público para acceder a los nosocomios, según señalaba un psiquiatra que trabajaba en un hospital público en 2002.¹¹ Aunque el consumo total de medicamentos recetados había disminuido en un 50% en los años inmediatamente anteriores a 2002, en parte debido a aumentos de precios y a reducciones en las coberturas de las empresas de medicina privada prepaga, la venta de medicamentos psiquiátricos había aumentado un 4%. En particular, la venta de antidepresivos aumentó un 13% durante el 2001.¹² Las alternativas al diván ahora incluían a los antidepresivos, aunque también a las técnicas de autoayuda, cuya literatura había venido desplazando los textos sobre psicoanálisis de los estantes de las librerías locales. Simultáneamente, muchos hospitales, e incluso algunas asambleas barriales y profesionales independientes, comenzaron a ofrecer terapias grupales breves y gratuitas para hacer frente a las consecuencias psicológicas de la desocupación y la crisis general.

La crisis profundizó tensiones ya existentes dentro del campo de la salud mental. Durante los años 1990 se habían suscitado conflictos entre aquellos que promovían terapias de índole psicoanalítica y otros más cercanos a las neurociencias y a las terapias de tipo somático. En el Hospital Piñero, por ejemplo, mientras ya desde la década de 1990 la sección de hombres había estado manejada por psiquiatras cercanos a las neurociencias, la sección femenina estaba a cargo de profesionales adeptos al psicoanálisis de orientación lacaniana y, por lo tanto, ubicados “en la vereda de enfrente” desde el punto de vista teórico respecto de sus colegas de la otra sección. Las terapias somáticas, puestas en cuestión por la difusión del psicoanálisis desde la década de 1960, retornaban ahora, renovadas, a los hospitales, y no ya como herederas de los antiguos *electroshocks*, sino como parte de una vanguardia teórica y terapéutica. Como señala el antropólogo norteamericano Andrew Lakoff, las acusaciones de rigidez y conservadurismo que tradicionalmente los promotores de terapias de tipo psicoanalíticas aplicaban a los “psiquiatras somáticos”, ahora eran devueltas por las nuevas generaciones de neurocientíficos a los psicoanalistas y, en particular, a los de orientación lacaniana.¹³ La crisis del 2001 volvió a poner sobre el tapete

el problema de la eficacia de las terapias somáticas respecto de las de índole más psicoanalítico.

Crisis social y crisis del psicoanálisis

Las consecuencias de la crisis social, así como los cambios producidos dentro del campo psi, obligaron a algunos miembros del mismo a pronunciarse desde los medios y desde publicaciones destinadas a sus colegas sobre los efectos que la coyuntura tenía sobre su práctica. Muchos de ellos concluyeron que si el psicoanálisis no podía proporcionar respuestas adecuadas frente a la crisis, en parte esto se debía a que la disciplina se había replegado sobre sí misma, tanto en términos de la práctica como en términos de la teoría. Los psicoanalistas S. P. de Berenstein y P. Grinfeld, desde un número temático de la revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (una de las filiales locales de la International Psychoanalytic Association) titulado *Controversias*, por ejemplo, reconocían que el encuadre clásico había dejado de funcionar en la situación actual y que los psicoanalistas parecían no estar equipados para enfrentar la nueva coyuntura, uno de cuyos efectos era, además, la escasez de empleo para los propios analistas. El psicoanálisis debía volver su mirada a “los problemas del mundo”. La propia subjetividad del analista se había vuelto problemática en esta hora de crisis de paradigmas y modelos, donde había que enfrentar los duelos originados por la falta de trabajo. El enriquecimiento del psicoanálisis dependería, concluyen estos autores, de su respeto por la diversidad de formas de conocimiento y de prácticas.¹⁴

Desde otra perspectiva teórica, Marta Gerez Ambertín, directora del Doctorado en Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán y presidenta de la Fundación Psicoanalítica S. Freud, desde las páginas de la revista *Actualidad Psicológica*¹⁵ coincidía con algunos puntos del diagnóstico de los autores mencionados, pero radicalizaba y complejizaba de alguna manera la línea de argumentación.¹⁶ Para ella, la crisis del psicoanálisis era profunda, notándose un vaciamiento de la demanda del psicoanálisis tanto en los consultorios privados como en los hospitales públicos debido a que la “escucha psicoanalítica” se había ido cerrando como consecuencia de la crisis. Confrontados con esta situación, los pacientes se irían en busca de otras escuchas posibles. Por otro lado, las condiciones mismas de la práctica psicoanalítica, tal como se la entiende en condiciones “normales”, estaba siendo puesta en cuestión: ¿Cómo seguir pensando en términos del precio de “mi hora”, se pregunta la autora de la nota, sin tener en cuenta las condiciones de quién tiene que pagarla? El psicoanálisis quedaba, según esta visión, desvinculado de la realidad en términos de su teoría

y de su práctica. Es que a diferencia de los maestros de la generación de los años sesenta y setenta (particularmente José Bleger y Enrique Pichon Rivière), quienes no temían recurrir al diálogo abierto con filósofos, psiquiatras y científicos sociales, ahora esos diálogos se habían ido cerrando. Según Gerez Ambertín, la denostación del Otro y de las disciplinas no analíticas se convirtió en la norma entre los analistas, y esta situación también contribuyó a alejar a los posibles pacientes del psicoanálisis.

Si volver la mirada a “los problemas del mundo” (así, entre comillas) era la propuesta de de Berenstein y Grinfeld y, presentada de manera algo diferente, también la de Gerez Ambertín, para Lucía Palento, miembro de Asociación Psicoanalítica Argentina (la otra filial local de la IPA), el nudo del problema se originaba en que al penetrar en el espacio psicoanalítico, el contexto social destruía las subjetividades. Para esta psicoanalista, en la situación actual, la tarea del psicoanálisis consistiría en “habilitar y acreditar la existencia social del otro, atemperando su desubjetivización”.¹⁷

Más preciso en sus apreciaciones, Emiliano Galende, un médico vinculado a la salud mental y a la práctica social de la psiquiatría y el psicoanálisis desde la década de 1960, sostenía que la mayor demanda sobre el sistema de salud mental público como consecuencia de la crisis corrió paralelo a la reemergencia de una psiquiatría de índole biologicista que él caracterizaba como “kraepeliana”.¹⁸ El surgimiento de esta clase de psiquiatría generó un problema vinculado al lugar del terapeuta, ya que este tipo de práctica, según Galende, otorgaba poderes desmedidos al médico. Por otro lado, mientras algunos psiquiatras se habrían acercado a estas tendencias como resultado de su afán de ofrecer ayuda frente a la crisis, otros lo harían por las oportunidades lucrativas que la misma proporcionaría, potenciando de esta manera la crisis de la práctica con una crisis ética.

Tanto para los analistas de ApdeBA como para Galende, la centralidad del psicoanálisis estaba fuera de discusión. Pero mientras que Berenstein y Grinfeld consideraban, en tanto miembros de una institución afiliada a la IPA y, por ende, desde una posición más interna al campo psicoanalítico, que el futuro del psicoanálisis estaba vinculado a su aceptación de la diversidad y su enriquecimiento con diversas posturas teóricas, Galende, desde una posición más excéntrica dentro del campo propiamente psicoanalítico (pero no dentro del campo de la salud mental más en general, dentro del cual se ha constituido en un referente ineludible), juzgaba que la solución a la crisis de la psiquiatría estaría dada por una insistencia en el psicoanálisis, entendido éste como apertura al saber inconsciente y método de escucha, acompañado por la desinstitucionalización y autogestión comunitaria.¹⁹ Estos temas ya habían sido profundamente discutidos en las décadas de 1960 y 1970 por los psiquiatras progresistas. De tal manera, para Galende, desde una mirada heredera de esa tradición, el psicoanálisis

formaba parte de una serie de instrumentos que permitirían introducir cambios profundos en el campo de la salud mental y que además tendrían proyecciones por fuera de él.

Luis Horstein, médico psicoanalista que codirigió junto a Mauricio Goldenberg el Centro de Estudios Psicoanalíticos de Caracas entre 1979 y 1983, y coordinador científico de la Sociedad Psicoanalítica del Sur a principios de los años 2000,²⁰ también reconocía, desde el suplemento de psicología del diario *Página12*, la existencia de una crisis general en el psicoanálisis, derivada en parte de la situación que vivía el país, pero también de las rémoras teóricas de la propia disciplina. Horstein sostenía que el problema que debía superar la teoría psicoanalítica en el momento actual era su división tajante entre el mundo infantil y el mundo exterior. Para dar cuenta del trauma social que estaba destruyendo el núcleo identificador estable, había que soslayar una teoría traumática simplista, “así como el idealismo de pensar el mundo fantasmático sin tener en cuenta las reactualizaciones que sobre la realidad psíquica genera la realidad material”. El psicoanálisis estaría en condiciones de atender a las demandas actuales, concluía Horstein, siempre que se despojara de los obstáculos epistemológicos, teóricos, técnicos y sobre todo corporativos que le impedían ponerse a tono con la realidad.²¹

Mientras los psicoanalistas mencionados arriba miraban hacia el futuro en búsqueda de soluciones a la crisis interna del campo, crisis que se originaba al menos en parte (y en esto coincidían todos sin importar su posicionamiento dentro del campo psi) en la situación de aislamiento respecto de la realidad y de otras formas de saber en que se encontraba el psicoanálisis, otros prefirieron fijar su mirada en el pasado en busca de horizontes para el futuro. Para Alejandro Vainer, coordinador general de la revista *Topía*, y co-autor de un libro en dos volúmenes cuyo objetivo es, precisamente, la recuperación de una memoria psicoanalítica vinculada a la tradición setentista,²² el replanteamiento del tema de la salud mental se hacía necesario debido a la presencia del “capitalismo financiero que devora las entrañas de la Argentina”. Según Vainer, hay que extraer ejemplos del pasado, y el pasado al que él prefiere dirigir su atención es el de las experiencias de Plataforma y Documento, los grupos de psicoanalistas politizados que se separaron de APA en 1971 y que constituyen íconos para ciertos sectores del mundo psi.²³

Si la práctica del psicoanálisis ortodoxo fue fuertemente afectada por la crisis, lo fue menos, en cambio, la difusión del discurso y la práctica de lo que podríamos caracterizar como un “psicoanálisis ampliado”. Esto último se vio en tres niveles: en primer lugar, en la generación de la expansión de una oferta de terapias de índole psicoanalítico que surgió como una respuesta posible a la crisis. Durante los meses más duros proliferaron en los medios de transporte de Buenos

Aires y otros lugares públicos y en algunos volantes impresos por asambleas barriales, anuncios ofreciendo servicios terapéuticos gratuitos o a muy bajo costo por tiempo limitado. En segundo lugar, es de notar la formación de grupos de psicoanalistas y psicólogos que intentaban intervenir de manera concreta, dando apoyo y asesoramiento terapéutico o no a los nuevos protagonistas sociales. Pero tal vez lo más llamativo fue, sin embargo, la presencia bastante masiva de psicoanalistas durante los peores meses de la crisis, es decir todo el año 2002 y buena parte del 2003, en los medios escritos proporcionando explicaciones desde el psicoanálisis sobre la situación y analizando distintos aspectos de la misma. También se percibió la utilización del lenguaje de origen psicoanalítico por parte de periodistas que no pertenecían al mundo psi, así como la cita a psiquiatras y psicoanalistas como autoridades calificadas para hablar de distintos aspectos de la coyuntura.²⁴ Este fenómeno no sólo se dio dentro de las fronteras argentinas. El 24 de enero de 2002, la BBC de Londres emitió un programa especial sobre la crisis argentina en el cual se entrevistaba a prominentes psicoanalistas locales para que proporcionaran su visión de la misma desde la perspectiva psicoanalítica (volveremos sobre esto más adelante).²⁵ Esta presencia reflejaba una demanda por parte de los medios (que se puede suponer que de alguna manera creían estar reflejando una demanda social) de explicación desde el psicoanálisis a la situación que vivía el país. De alguna manera, los psicoanalistas (o al menos algunos de ellos) se convirtieron en esos meses en autoridades que intervenían en la esfera pública proporcionando explicaciones sobre la realidad basadas o no en sus saberes específicos. Ahora bien, en la Argentina existía ya una larga tradición de intervención de los psicoanalistas en la esfera pública. ¿Se distingue, entonces, alguna especificidad en el lugar asignado a (y autoasignado por) los psicoanalistas durante la crisis de 2002-2003? Para responder a esta pregunta, valdría la pena detenerse en otra instancia importante de intervención, a efectos de poder realizar una comparación.

Psicoanalistas e intervención en la esfera pública en las décadas de 1960 y 1970

Si miramos con cuidado la trayectoria de la implantación del psicoanálisis en la Argentina, podemos comprobar que tanto la demanda de psicoanálisis como su oferta en espacios de debate público no son fenómenos nuevos. A partir de la década de 1960, mientras la práctica del psicoanálisis se difundía en las grandes ciudades, y mientras se consolidaba su institucionalización, hubo dos maneras principales de intervención desde el campo del psicoanálisis en la esfera pública: proporcionando una herramienta hermenéutica y, en algún punto, ideológica

para la comprensión de la realidad; y, desde el campo asistencial, generando un instrumento de modernización de las prácticas psiquiátricas. Dada la doble naturaleza del psicoanálisis -como teoría y método de investigación del inconsciente, y como técnica terapéutica-, no es de sorprender que en algunos casos ambas formas de intervención se cruzaran.

A partir de los años sesenta el psicoanálisis proporcionó uno de los marcos interpretativos a los que se acercó la intelectualidad vinculada a lo que se dio en llamar la “nueva izquierda” -es decir, aquellos sectores asumidos “de izquierda” no emparentados a los partidos tradicionales de esa orientación- a efectos de comprender una situación que escapaba a las conceptualizaciones disponibles. En particular, lo que obsesionaba a sectores de jóvenes intelectuales era el “problema peronista”, el lugar que ellos mismos ocupaban frente a él y la dinámica del proceso revolucionario mismo, cuya inminencia era aceptada por casi todos.²⁶ La influencia que los pensamientos de Jean-Paul Sartre primero, y de Louis Althusser después, ejercieron sobre estos intelectuales fue, en algunos casos, decisiva. Fue Sartre el que propuso que el psicoanálisis debía proveer al marxismo de lo que éste carecía: una teoría de la subjetividad; y fue Althusser el que justificó, desde una vertiente del marxismo que se volvía cada vez más hegemónica, una aproximación al psicoanálisis de Jacques Lacan, el único que había logrado una “verdadera” y por lo tanto “revolucionaria” lectura de la obra de Freud. La introducción del lacanismo abrió una brecha entre el psicoanálisis y la terapéutica de origen médico. En efecto, muchos de los “lacanianos” provenían de la filosofía y la literatura, lo que a pesar de la progresiva rigidez y ritualización de su discurso abrió también potenciales vías de diálogo entre el psicoanálisis y otras formas de pensamiento y, sobre todo, generó las condiciones para el surgimiento de la figura del “psicoanalista intelectual”.

Paralelamente, desde las ciencias sociales, y sobre todo a partir de finales de la década de 1950, el sociólogo Gino Germani y otros intentaban buscar en el psicoanálisis algunas herramientas que les permitieran enriquecer su bagaje conceptual. Germani, en particular, esperaba del psicoanálisis (fundamentalmente en su versión *culturalista* de origen norteamericano) que ofreciera a las ciencias sociales un fundamento que permitiera aprehender las condiciones de una conciencia emancipada que, a su vez, proporcionara las condiciones para superar la irracionalidad de la historia.²⁷ Desde el psicoanálisis mismo se generaron también acercamientos a las ciencias sociales, lo que se puso en evidencia en los trabajos de José Bleger, Enrique Pichon Rivière y otros.

Desde la perspectiva de la terapéutica, ya desde la década de 1930 hubo grupos de psiquiatras progresistas (no necesariamente desde el punto de vista político-ideológico, sino más bien profesional) que se acercaron al psicoanálisis en una búsqueda de renovación de la práctica psiquiátrica. Algunos de ellos,

como Gregorio Bermann, Jorge Thénon y otros cercanos a la izquierda política, veían en el psicoanálisis, además, una herramienta de cambio social. Estos psiquiatras allegados al Partido Comunista se vieron obligados a abandonar su simpatía por el sistema freudiano cuando el Partido hizo más rígida su posición al respecto como consecuencia de la Guerra Fría. Sin embargo, ya para entonces el psicoanálisis contaba con un nivel de aceptación bastante amplio entre las clases medias y entre algunos influyentes grupos intelectuales y, por lo tanto, este abandono en muchos casos no fue total.²⁸ El psicoanálisis siguió contraponiéndose a la psiquiatría tradicional caracterizada por los sectores progresistas de la profesión como arcaica y represiva.

Experiencias como las llevadas a cabo en el servicio dirigido por Mauricio Goldemberg en el Policlínico de Lanús (y otros), abrieron un abanico de posibilidades para la práctica del psicoanálisis, promoviendo formas heterodoxas que ponían en cuestión el encuadre clásico. Por un lado, posibilitaron el contacto estrecho entre el psicoanálisis, los psicoanalistas y las instituciones hospitalarias, desplazando de esta manera la terapia psicoanalítica del consultorio individual. Por otro lado, estas experiencias permitieron una más amplia difusión, no sólo de la terapéutica de origen psicoanalítico, sino también de discursos originados alrededor de la misma entre sectores sociales que, en otras condiciones, se hubieran visto excluidos del “mundo psi”. Finalmente, la introducción del psicoanálisis en los hospitales, al promover la práctica interdisciplinaria, forzó a los psicoanalistas participantes en estas experiencias a ponerse en contacto e interesarse por otras corrientes de pensamiento psiquiátrico y por la aceptación de otros grupos profesionales (tales como los psicólogos) que pugnaban por ser incluidos en la práctica legítima del psicoanálisis.²⁹

La presencia de un número cada vez mayor de psicólogos de orientación clínica a partir de la creación de la carrera en 1957, profesionales formados en psicoanálisis por psicoanalistas pero inhabilitados para entrar en las instituciones de las que formaban parte sus mentores y excluidos de la práctica legal de la disciplina, contribuyó a agregar una dimensión social al emergente mundo psi. Los psicólogos, más vinculados a la universidad y a los servicios de psicopatología hospitalarios donde actuaban por lo general en los escalones más bajos de la jerarquía asistencial, generaron una identidad profesional menos centrada en la práctica privada que los psicoanalistas de APA. Al mismo tiempo, mientras la APA, en tanto institución, mantenía una postura prescindente respecto de la convulsionada situación política de los años 1960, los psicólogos (o al menos un buen número de ellos) tuvieron una actitud más activa en las cambiantes condiciones que vivía el país.

Sin embargo, las consecuencias de la politización y profundización de la crisis política que el país vivía en aquel momento también llegaron a la institución

psicoanalítica. En 1971 se produjo la gran crisis del psicoanálisis argentino (o al menos así fue vivida), con la separación (la primera en ocurrir en el mundo por motivos estrictamente políticos) de dos grupos de analistas de la APA: aquellos que formaron los grupos Plataforma y Documento. Plataforma surgió a nivel internacional como un grupo contestatario frente a la IPA en el congreso psicoanalítico de Roma de 1969. Poco después se formó una rama local de este grupo que, junto con otro llamado Documento, se separaron de la APA (y por consiguiente de la IPA) en 1971. Este episodio constituyó una verdadera novedad, ya que se trató de la primera vez en la historia del movimiento psicoanalítico internacional en la que grupos de analistas se alejan de la asociación internacional, renunciando a su rango dentro de la misma por motivos exclusivamente políticos. En Argentina, Plataforma y Documento estuvieron vinculados a grupos de izquierda radicalizados.³⁰ Lo que nos interesa aquí es distinguir las diferencias entre ese momento crítico y el vivido en los últimos años. En 1971 la crisis de APA (y por extensión del psicoanálisis) fue vivida como parte de una crisis más aguda que vivía el país. “El conflicto que agita a la institución psicoanalítica”, expresaba la revista cultural *Los Libros*, “parece ser un signo de la situación general que nos incluye a todos... los problemas que expone están vinculados al futuro de la cultura, o sea, al futuro político de todo el país”.³¹ Lo que los psicoanalistas disidentes intentaban hacer era rescatar la disciplina como una herramienta apta para ser puesta al servicio de la revolución por fuera de la institución oficial, a la que caracterizaban como portavoz de una forma burguesa de psicoanálisis. La intervención en la cosa pública propuesta por los psicoanalistas de Documento y Plataforma tenía que ver con un acercamiento del psicoanálisis al marxismo y con una práctica alternativa de la disciplina. Pero la necesidad de promover estas formas de intervención era vista por los propios protagonistas como el resultado de una crisis interna del mundo psi, la cual, en visión de algunos “plataformistas”, se confundía con la crisis del país (y del mundo). La necesidad de ofrecer el psicoanálisis como una herramienta revolucionaria se mezclaba con quejas y disputas referidas a la forma de funcionamiento de la institución psicoanalítica.

Los psicoanalistas disidentes entraron en relaciones con intelectuales no psicoanalistas, a efectos de educarse en teoría marxista y otras corrientes en boga. Pero lo que ofrecían era su práctica y su involucramiento personal y político por la causa revolucionaria. “El intelectualismo solo será superado en la medida en que los psicoanalistas sean capaces no solo de integrarse ellos mismos a otros intelectuales militantes, sino mezclarse con los sectores más explotados de la población para llevar a cabo juntos la lucha hasta el final”, proclamaba el “plataformista” Hernán Kesselman desde las páginas de *Nuevo Hombre*.³² En otras palabras, desde el psicoanálisis no se ofrecían explicaciones ni soluciones

a la situación que vivía el país, sino más bien se intentaba encontrar, desde otras corrientes intelectuales, soluciones y explicaciones para la crisis que vivía el psicoanálisis. Los psicoanalistas ofrecían su práctica al servicio de los sectores populares (aunque esto no les impedía seguir atendiendo sus consultorios privados), al tiempo que buscaban ser aceptados en el universo de los intelectuales revolucionarios.

La crisis emergente de 2001, el psicoanálisis y los psicoanalistas

La “modestia”³³ que se observaba en el lugar autoasignado por los analistas en la coyuntura de 1971, contrasta con las pretensiones explicativas que se les atribuyeron y que se autoatribuyeron en relación con la crisis emergida en 2001. Los psicoanalistas comenzaron a ser interpelados como tales por los medios, a efectos de que se pronunciaran sobre la situación en general. Por otro lado, esta demanda de intervención se vio satisfecha por una oferta de intelectuales y profesionales vinculados al campo psi, dispuestos a actuar como profetas e intérpretes frente a la coyuntura.

Cabe destacar, sin embargo, los límites de la comparación entre estas dos coyunturas históricas, puesto que, si bien por un lado la naturaleza de ambas crisis políticas era diferente, por otro lado el estado del campo era muy distinto en 1971, cuando existía una sola institución (la APA) que legitimaba la práctica del psicoanálisis, respecto del momento presente, cuando el campo se halla fuertemente fragmentado.³⁴ Además, y a diferencia con lo que ocurría en los años 60 y 70, en el momento presente es indudable el predominio del psicoanálisis de orientación lacaniana caracterizado por una serie de códigos, una jerga particular y estilos propios. Sin embargo, habría que señalar que si en las décadas de 1960 y 1970 se produjo una búsqueda mutua entre científicos sociales, intelectuales y algunos psicoanalistas, donde estos grupos intentaban enriquecerse conceptualmente (y en el caso de los psicoanalistas, también políticamente) con lo que los otros podían ofrecer, este mutuo enriquecimiento parece haberse cerrado en tiempos más recientes, tal como es reconocido por los propios psicoanalistas, según vimos más arriba.³⁵ Lo que sí se percibe entre algunos grupos de psicoanalistas es una mirada nostálgica respecto a las experiencias de Plataforma y Documento, mirada que tiende a deshistorizar a las mismas, al intentar promover su reactualización en un contexto histórico, cultural y social que, insistimos, poco tiene que ver con aquél en el que se desarrollaron originalmente estos procesos.

Durante la crisis que terminó estallando en diciembre de 2001, el lugar que antes ocupaban algunas dimensiones de la teoría psicoanalítica como herramienta explicativa parece, al menos en los medios escritos, haberse desplazado a la figura

del psicoanalista mismo. No se trataría ya de buscar en el psicoanálisis un marco conceptual que, enriquecido por otros, pudiera proporcionar instrumentos para la comprensión de la realidad crítica, sino más bien buscar en el psicoanalista a aquel autorizado para hablar de la crisis desde el psicoanálisis o por fuera de él, pero autorizado exclusivamente en su condición de psicoanalista más que en lo que su saber pudiera aportar conceptualmente. En el 2002, cuando la solidez del lugar ocupado por detentadores de otras formas de conocimiento social era puesta en cuestión, el lugar de los psicoanalistas como sujetos dotados de saber para dar cuenta de la realidad parecía constituir, al menos para algunos medios de difusión, parte de ese sector de la realidad que Peter Berger ha definido como “the world taken for granted”, es decir, aquello que no se problematiza.³⁶

En el programa ya mencionado de la BBC, prominentes psicoanalistas de la APA fueron entrevistados para hablar sobre el momento que vivía la Argentina. En este caso, sus aportes se limitaron a explicaciones de los orígenes de la crisis, basadas en generalizaciones respecto a la idiosincrasia o la personalidad de los argentinos, apelando a la jerga psicoanalítica. Un entrevistado, presentado como secretario científico de la APA, explicaba que un componente esencial del “carácter argentino” consistiría en oscilar entre períodos en los que se apoyan ilusiones y períodos en los que la realidad se hace plena y consciente. También recordó que hay períodos en que los argentinos actúan con violencia. Pero el origen de los problemas actuales no era reciente, sostenía, sino que se remontaba a los años setenta y ochenta: “El período de la dictadura fue una guerra entre terroristas y el gobierno militar, que dejó 30.000 desaparecidos como resultado. Cuando una situación traumática es muy difícil de elaborar la negación es uno de los mecanismos de defensa y, cuando a la gente se le prohíbe hablar y expresarse, ir a las calles, entonces la negación aparece”. Según este analista, la negación originada en la experiencia traumática de aquel período es lo que explica que la gente tardara tanto en darse cuenta de las desastrosas consecuencias de las políticas aplicadas por los gobiernos de Carlos Menem y de Fernando De la Rúa. Según esta versión, la gente apoyó la ilusión de prosperidad durante el gobierno de Menem como un mecanismo de negación de la realidad. No es necesario aclarar que, en realidad, la situación fue mucho más compleja y que mucha gente que apoyó al gobierno de Menem tenía excelentes razones para hacerlo. Por otra parte, la distinción entre períodos ilusorios y reales es ciertamente problemática desde un punto de vista histórico y sociológico, ya que sólo puede establecerse desde una posición de analista externo y omnisciente. Tampoco podían establecerse vínculos causales tan directos entre los tiempos de la última dictadura militar y la crisis del 2001, a no ser que los mismos fuesen entendidos como “relaciones genealógicas del mal”. Aún más, debía poder explicarse por qué otras sociedades con experiencias signadas por la violencia, la represión y el

terror no eran presa de crisis políticas y económicas frecuentes. El psicoanalista entrevistado se limitó a extender la utilización de conceptos psicoanalíticos tales como “negación” y “mecanismo de defensa” de manera acrítica para explicar situaciones sociales complejas.

La búsqueda de las causas inmediatas de la crisis en el régimen militar terminado dos décadas atrás aparece como una solución recurrente para analistas de diversas tendencias.³⁷ Otro psicoanalista de APA entrevistado por la BBC opinaba que el origen de la crisis que vivía el país debía ser buscado en el sentimiento de culpa en que vivían inmersos los argentinos, también éste originado en los días del último gobierno de facto: “El sentimiento de culpa inconsciente está en nuestra sociedad íntimamente ligado con los aspectos aún no procesados del régimen militar, la represión, los asesinatos. Yo creo que esto dejó a mucha gente sintiéndose culpable y este sentimiento tiene mucho que ver con las tardías reacciones de nuestra sociedad a la manera en que era dañada por aquellos que se suponía debían guiarnos a un camino mejor”. El sostener que las reacciones fueron “tardías” sólo podía comprenderse fuera de una comparación con otros procesos similares en el resto del mundo; en tal caso, sería indispensable saber si pueden considerarse “tardías” la emergencia y protagonismo de los grupos de derechos humanos, el desarrollo de experiencias intelectuales y artísticas críticas (todo, en pleno apogeo del régimen militar), o el juzgamiento y condena a los miembros de las juntas militares apenas dos años después del fin de la dictadura.

Pero no eran sólo los psicoanalistas quienes enfatizaban los orígenes supuestamente psíquicos de la crisis. Utilizando lenguaje y categorías provenientes del psicoanálisis, el mediático filósofo Alejandro Rozitchner concluía que la crisis se origina en la atracción que los argentinos sienten por el desastre. Los argentinos se sienten felices cuando todo funciona mal. “Somos un país sado-masoquista”, determinaba Rozitchner.³⁸

Mientras algunos psicoanalistas buscaban la razón de la crisis en problemas que son internos a la sociedad, tales como el sentimiento de culpa no resuelto, y que podían asumir formas individuales o colectivas, otros preferían ubicarla fuera del campo de responsabilidades inmediatas de la gran mayoría de la población: en la corrupción y los gobiernos dañinos anteriores, especialmente el de Carlos Menem. Así, estableciendo paralelos entre ese régimen (que actuaba en colusión con el Fondo Monetario Internacional) y el Holocausto (utilizando incluso para las políticas neo-liberales del menemismo el concepto de “banalidad del mal”, acuñado por Hannah Arendt, para explicar el sistema que dio origen a Adolf Eichmann), Silvia Bleichmar opinaba que en la base de todos los problemas estaban los gobiernos corruptos que los argentinos venimos tolerando, sin tener en cuenta que el gobierno menemista fue democráticamente elegido

por el voto popular no una, sino dos veces (y casi una tercera en 2003). Nadie puede ser culpado, nos exculpa Bleichmar, retomando puntos de vista que por esos años formaban parte del “sentido común”, en creer en lo que el gobierno le dice.³⁹ Esta atribución de la etiología de la crisis a la corrupción política (a la que podían sumarse, en algunos casos, las de otros grupos dirigentes) fue una de las líneas de interpretación prevalecientes durante los tiempos de la crisis, asumida tanto por quienes se arrogaron el papel de intérpretes legítimos como por la gente común en la vida cotidiana. Desde este punto de vista, algunas de las intervenciones psicoanalíticas públicas más exitosas abrevaron en un fondo interpretativo colectivo, convertido en sentido común o pensamiento plausible sobre la crisis.

La idea de atribuir crisis sociales y políticas a alguna dimensión esencial de la psique colectiva de los argentinos no es nueva, más bien ha sido parte de una larga tradición, cuyos orígenes pueden rastrearse en el siglo XIX, pero que fue particularmente popular en la ensayística de los años 1930 con obras tales como *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada o *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea. Desde luego, y como cualquier otro pueblo, los argentinos no tienen un “alma colectiva” identificable que esté en la raíz de todos sus problemas y que puede servir para explicar igualmente éxitos y fracasos. Existen ciertos patrones culturales comunes, *habitus* en el sentido en que utiliza este término Norbert Elias, que pueden ser identificados, estudiados e interpretados.⁴⁰ Sin embargo, estos patrones deben ser ellos mismos sujetos de análisis histórico y, sobre todo “problematizados” más que utilizados *a priori* como el fundamento de teorías explicativas.

Otra respuesta a la crisis ofrecida por algunos psicoanalistas (sobre todo de orientación lacaniana) consistió en generalizar categorías originadas en el psicoanálisis para describir situaciones sociales y políticas. Sergio Rodríguez (director de la revista *Psyché* y luego inspirador de la revista *Psyché-Navegante*),⁴¹ por ejemplo, sostenía que “los psicoanalistas podemos decir algunas cosas sobre (la crisis), en tanto leamos los cambios de discurso que la soportan”. Esta lectura sería importante para la elaboración de imaginarios alternativos. Más adelante en el mismo texto Rodríguez, luego de recordar que para Lacan “un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante”, nos presenta su elaboración del matema de la corrupción.⁴² Mientras tanto, para la psicóloga Lucía Martinto de Paschero, el corrupto Estado argentino sufría de una patología superyoica. Así como existen individuos que nunca se sienten culpables aunque cometan actos deleznable, la situación actual, nos dice de Paschero, nos fuerza a extender estos conceptos al espacio del Estado donde la corrupción se ha instalado.⁴³ Para Diego Moreira (psicoanalista y docente de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales), por otro lado, la corrup-

ción estaría vinculada “martinezestradianamente” al nacimiento mismo de la Argentina, y para comprenderlo hay que recurrir a la etimología del nombre de nuestra patria que remite a “plata”. Desde los conquistadores se había aplicado una lógica de rapiña y especulación que se ha mantenido constante, nos dice el psicoanalista, a lo largo de los siglos.⁴⁴

Por su parte, Yago Franco, un psicoanalista miembro de la Asociación Colegio de Psicoanalistas y de la Revista *Topía*, entendía que la coyuntura crítica había hecho caducar la función de amparo de la cultura (que permitiría la estructuración del psiquismo haciendo tolerable el malestar) y que esto pudo conllevar a “una fragilización importante del aparato psíquico”, dejando liberada la “pulsión mortífera” y volviéndonos a todos los argentinos “potencialmente borderline”.⁴⁵ Mónica Santcovsky, docente en la carrera de Psicología en la Universidad de Buenos Aires y profesional en el Hospital de Clínicas, releía la desocupación reinante en términos de un “secuestro de la sociedad en la miseria más espantosa, la de la sumisión”, que llevaba a la extinción del “Jefe de Familia” (con mayúsculas, remitiendo al Padre) siendo sustituido por “Jefes de bandas” (en alusión a la supuesta organización social primitiva que sirve de base al relato de la instauración de la cultura en el texto *Tótem y Tabú*, de Freud).⁴⁶

También problemas de índole económica, como el fin de la convertibilidad, eran pasibles de lecturas psicoanalíticas. Para María del Carmen Meroni, por ejemplo, la caída del significante “convertibilidad, uno es igual a uno” ponía de manifiesto que el goce humano no necesariamente tiene medida, sino que más bien es inconmensurable.⁴⁷

Legitimidad y estilo

Los psicoanalistas entrevistados o nombrados como autoridad pertenecían a casi todas las tendencias activas en la Argentina, aunque con una clara predominancia de aquellos de orientación lacaniana. Lo primero que se nota en las intervenciones de estos últimos es un cierto estilo común basado en la profusión de un conjunto heterogéneo de citas de autores, entre los cuales ocupan un lugar privilegiado, como podría esperarse, Freud y Lacan. La palabra del psicoanalista parece sólo poder legitimarse en un sistema de autoridades previas que “nos enseñan”, “nos muestran” y “nos demuestran”. Así, por ejemplo, Isidoro Vegh, cofundador de la Escuela Freudiana y autor de varios libros de la especialidad, en un artículo aparecido en *La Nación*, citaba a Freud once veces, a Lacan dos y a Adler una vez. Pero su sistema de autoridades también incluía a autores canónicos y menos canónicos del catolicismo, tales como Nicolás de Cusa, San Agustín (dos veces), y Paul Claudel, y otros como William Blake.⁴⁸ Germán García, por

su parte, en una nota publicada en el suplemento de psicología de *Página12* en enero de 2002, prefería basar sus argumentos en los de Freud (cuatro veces), Lacan (tres veces), Hegel (dos veces), Claude Lévi-Strauss, Jean Pierre Dupuy, Rene Girard, John K. Galbraith (dos veces), Hans Seyle (dos veces) y Albert Hirschmann.⁴⁹ Entre algunos psicoanalistas de orientación lacaniana, el filósofo Baruch Spinoza parece haberse convertido en una referencia básica (como ya lo había sido, desde una lectura sin duda más sofisticada, para el propio Lacan), a veces aparentemente leído de primera mano, y otras a través de comentaristas. En algún caso (como en el artículo que lleva el sugestivo título de “El cacero-lazo según Baruch de Spinoza”) se lo intenta convertir en un precursor de la Revolución Francesa, en la medida que habría aludido a la democracia basada en la libertad, la igualdad y la solidaridad.⁵⁰

La apelación a la autoridad de otros, de manera más o menos indiscriminada, ha constituido parte componente del discurso de al menos algunos psicoanalistas lacanianos desde los inicios mismos de esta tendencia en la Argentina. El mismo Germán García señalaba con cierta ácida ironía, al referirse a un artículo en el que Oscar Masotta contestaba al analista y futuro “plataformista” Emilio Rodríguez en 1969, que este último poco podía hacer frente al ejército de autoridades en el que el primero pretendía sustentar sus argumentos.⁵¹ En efecto, Masotta se las arreglaba para comenzar su nota diciendo: “Es Althusser – quien lee a Marx no sin haber leído a Lacan – el que nos sugiere el sentido y el alcance de la tarea: leer a Freud”. Sin embargo, en este caso era explicable que fuera Masotta – quien como recién llegado al mundo psi, tratando de imponer una nueva ortodoxia y ocupando, por lo tanto, un lugar definitivamente más excéntrico y menos fuerte que el de Rodríguez, a la sazón presidente de la APA y vicepresidente de la IPA – el que se veía obligado a compensar la debilidad de sus credenciales analíticas con la apelación a autoridades indiscutibles con el objeto de marcar su punto: que Rodríguez no había leído a Freud correctamente. Menos clara es, sin embargo, la razón que impulsa a analistas, cuyo saber está consolidado, a banalizar a los autores, a los que en la mayoría de las veces se cita para hacerles decir cosas parecidas a lugares comunes (“como dicen Hegel y Freud sólo se puede encontrar el destino en los orígenes”),⁵² o anacronismos descontextualizados, como el ya mencionado acerca de Spinoza o el que comete María Meroni, psicoanalista con rango de “analista miembro de escuela” (AME) de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, al intentar mostrar que el economista austríaco Joseph Schumpeter había anticipado los matemas de Lacan.⁵³

Psicoanalistas e intelectuales

Una excepción a esta profusión de interpretaciones de índole psicoanalítica sobre la crisis fue una intervención de Germán García, quien (presentado por *La Nación* como “destacado psicoanalista argentino”) sentenciaba que “No es bueno que un psicoanalista se ponga a decir demasiadas cosas genéricas sobre situaciones colectivas”.⁵⁴ Interpelado como psicoanalista, García reivindicaba implícitamente su posición como intelectual, dejando claro que no era mucho lo que tenía para decir desde el psicoanálisis, pero sí como intelectual comprometido.⁵⁵ García distingue entre el lugar del “intelectual” y el del “experto” y se ubica a sí mismo en el cruce de estas dos posiciones (“tendencias”, en sus palabras), pero distinguiendo en qué momento habla desde una u otra.⁵⁶

García trazaba un límite entre psicoanálisis y ciencias sociales, lo individual y lo colectivo: “Hoy existe un desarrollo autónomo del tema de la angustia colectiva a través del concepto de pánico, no en el sentido psicológico del ataque de pánico, sino en el sociológico, el del pánico colectivo”. Hablando del dinero, mencionaba las contribuciones del psicoanálisis al respecto, pero en este sentido prefería citar al economista John Kenneth Galbraith. García sostenía en esta entrevista su autoridad para hablar de lo social, pero no necesariamente desde su lugar como analista. Este punto de vista había sido expresando antes. En una nota publicada en el suplemento de psicología de *Página12* en enero del 2002, este psicoanalista ya había establecido estas distinciones. Hablando en esa oportunidad desde el psicoanálisis, recordaba, sin embargo, que los psicoanalistas no utilizaban la teoría de las identificaciones de Freud y tenían en cambio una tendencia de caer en “la falacia de lo colectivo”, es decir, en hacer generalizaciones colectivas a partir de casos particulares. Al hacer esto, García no solamente marcaba distancias respecto de “los psicoanalistas”, sino que además señalaba uno de los límites, si no de la teoría freudiana, al menos de su utilización entre los psicoanalistas locales.

Como si estuviese ubicada en el otro extremo de un *continuum*, Silvia Bleichmar (psicoanalista de reconocida trayectoria con varios libros publicados en su especialidad) no dudaba en hacer públicas sus reflexiones sobre la coyuntura social en medios como *La Nación*, *Clarín* y *Página12*, apareciendo no sólo en secciones especializadas, sino frecuentemente como columnista destacada en editoriales. En 2002 publicó el libro *Dolor País*,⁵⁷ donde reunía varios de los artículos escritos, precisamente, para los medios desde mediados del 2001. La ilustración de la tapa ofrecía la imagen de una Plaza de Mayo vacía mirando a la Casa Rosada y la Pirámide de Mayo con una cacerola abollada. En esta obra, Bleichmar no se interesaba por delimitar sus campos de competencia ni en justificar por qué una psicoanalista tendría algo relevante para decir desde

el psicoanálisis respecto a lo colectivo. Aún más: Bleichmar no consideraba necesario aclararle al lector (ni siquiera al lector experto) cuándo escribía como psicoanalista y cuándo no; Bleichmar acudía asiduamente tanto a las conceptualizaciones psicoanalíticas (sin aclarar si se trataba de usos debidos o razonamientos analógicos) como a un lenguaje más cercano al de las ciencias sociales. Esta autora había sido asesora de UNICEF en el Programa de Atención Psicológica y Formación de Recursos para Damnificados del Terremoto de México de 1985 y directora del Programa de Atención Psicológica a las Personas Afectadas por el Atentado a AMIA, en julio de 1994, lo que podía conferirle el carácter de experta en el abordaje de los efectos de las catástrofes sobre la subjetividad. No obstante, ella prefería presentarse como “intelectual”, situada dentro de un espacio generacional definido por las luchas políticas de los años sesenta y setenta, generación, según esta autora, avergonzada por la derrota de su utopía y lanzada “a un duelo patológico”.⁵⁸ Frente a la coyuntura, Bleichmar llamaba a su generación de intelectuales a recuperar sus raíces, a no perder “su legado histórico”, único modo de impedir que la sociedad quedase librada a enfrentar a “los oportunistas del momento”.⁵⁹ Al mismo tiempo, elaboraba una crítica a aquellos intelectuales que habían celebrado la pérdida de la ilusión utópica, comparándolos con quienes optaban por no correr el riesgo de enamorarse para no sufrir.⁶⁰ Los intelectuales tendrían por misión evitar que lo que Bleichmar llamaba, inspirándose en Herbert Marcuse, “malestar sobrante”, que devorase el pensamiento al punto de impedir que se formularan preguntas nuevas y creativas sobre la sociedad y la historia.⁶¹

Aunque Bleichmar utilizaba un arsenal conceptual de diversa procedencia (Marcuse y Arendt, por caso), las nociones psicoanalíticas eran empleadas a veces de manera analógica; por ejemplo, Bleichmar comparaba los efectos de la “desaparición de las funciones mínimas del estado” durante la década de 1990 con el sentimiento de “desamparo” generado en la infancia,⁶² o analizando los costos de los modelos económicos neoliberales de la misma década, distinguía la autoconservación del yo (“los modos mediante los cuales el yo toma a cargo los intereses de la vida”) de la autopreservación del yo (“mediante la cual el sujeto preserva la representación nuclear de sí mismo”), ya que en situaciones límites puede prevalecer el primero a costa del arrasamiento del segundo (el ideal narcisístico).⁶³

En suma, Bleichmar construía para sí, y de manera explícita, una identidad de intelectual e incluso podía trazar su genealogía; se abocaba a la tarea de reflexionar sobre la coyuntura socio-política apelando a una profusa gama de referencias provenientes de la filosofía y las humanidades. Pero, singularmente, no dudaba en llevar a cabo interpretaciones psicoanalíticas de la coyuntura basándose en un lenguaje especializado, con lo cual desplazaba tanto el problema de

su pertinencia para el tratamiento de los fenómenos colectivos, como el de las condiciones y posibilidades de conversión del psicoanalista en un participante legítimo del campo intelectual.

Conclusiones

Entre los saberes sociales, el psicoanálisis ha ocupado un lugar muy particular. Aunque no se trata estrictamente de una “ciencia social” dentro de los sistemas usuales de clasificación, existe, sin embargo, tanto en Argentina como fuera del país, una tradición de acercamiento entre ciertas áreas del saber psicoanalítico y las ciencias sociales. Durante la crisis reciente proliferaron interpretaciones de la compleja coyuntura social, económica y política provenientes de lo que, en términos generales, puede definirse como el campo psi. Estas intervenciones se propagaron tanto en medios masivos de difusión (sobre todo la prensa escrita), lo cual pareciera dar cuenta de la existencia de una demanda de estas opiniones, como dentro de publicaciones más estrictamente vinculadas al campo. Es decir, la crisis se convirtió en un tema pertinente para ser tratado en y desde el interior del campo psi. Esto recortó un espacio de intervención para los psicoanalistas en tanto expertos (hablando desde y para dentro de su saber específico), como en tanto intelectuales (hablando a la sociedad, pero autorizados en su lugar particular como detentadores de un capital simbólico proveniente de la posesión de un saber particular y, sobre todo, de la ocupación de un lugar ya consagrado en la sociedad argentina). Sin embargo, a diferencia de ocasiones anteriores, las intervenciones de los psicoanalistas durante la última crisis no parecen haber posibilitado un diálogo fructífero con otras formas de saber, ni la generación de un discurso que problematizase la adecuación entre esta forma específica de saber y el objeto al cual se refiere. Pareciera que los discursos sobre la crisis formulados desde el psicoanálisis en raras oportunidades han sido capaces de sobrevivir a su mera formulación.

Las intervenciones públicas que conforman el corpus en que se basa este trabajo (que desde luego no tiene pretensión de exhaustividad) podrían, a grandes rasgos, dividirse en tres grupos no excluyentes, independientemente del medio a través del cual se han difundido. Un primer grupo estaría constituido por aquellos artículos escritos en un estilo ritualizado, que aunque en muchos casos aparecieron en medios de circulación masiva, interpelan a un público que se supone no sólo poseedor de un saber compartido, sino también partícipe de una práctica particular, en la cual ciertos gestos simbólicos (sistema de citas, lenguaje esotérico, etc) tienen significación. El segundo grupo estaría compuesto por textos escritos en un tono a la vez nostálgico y utópico. Nostálgico por la

manera en que se vinculaba simbólicamente a lo que podríamos caracterizar como el “momento de los 70”. Utópico, porque este “momento de los 70” (en particular las experiencias de los grupos Plataforma y Documento) parecía brindar un horizonte de acción frente a la coyuntura actual. Finalmente, el tercer grupo de intervenciones estaba conformado por escritos en los que se enfatizaba la incapacidad del psicoanálisis, precisamente, para dar cuenta de los procesos que se vivían. Esta incapacidad estaría vinculada, justamente, a la imposibilidad de discurrir sobre el mundo exterior (producto de estar la teoría y la práctica psicoanalítica atadas a paradigmas excesivamente rígidos) y de dialogar de manera productiva con otras formas de saber. Entre los miembros de este último grupo (vinculados muchos de ellos a la revista *Campo Grupal*), se percibe el reconocimiento de la existencia de una crisis interior al campo, que no parece ser reconocida por otros psicoanalistas.

Ya vimos que a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 hubo diversas instancias de participación que, en muchos casos, fructificaron en enriquecedores diálogos entre el psicoanálisis y las ciencias sociales. Se trataba de un saber que se cruzaba con otros saberes, en búsqueda de herramientas que completaran lo que era visto como sus puntos ciegos. Hacia los años 1960, el psicoanálisis estaba en plena expansión en la Argentina y en parte esta expansión se explicaba porque se encontraba en la encrucijada de una serie de procesos que definían un complejo movimiento de cambio social y cultural. Se trataba de un objeto de consumo conspicuo, pero también de un sistema teórico que podía proporcionar herramientas para comprender una realidad que parecía escaparse de los esquemas propuestos por los marcos conceptuales en vigencia. Al mismo tiempo, el psicoanálisis proporcionaba las bases de un discurso que permitía hablar desde la ciencia acerca de preocupaciones que, por esos años, tomaron un cariz diferente, tales como la familia, la sexualidad femenina y otros. Por otro lado, era también aceptado como la base de una renovación de la práctica psiquiátrica. Con el surgimiento de los primeros grupos lacanianos apareció una nueva figura: la del psicoanalista no ligado ni a círculos médicos ni a la profesión de psicólogo. Muchos de los nuevos psicoanalistas provenían de la literatura y la filosofía, y esto introdujo nuevos elementos en el diálogo entre psicoanalistas y otros intelectuales.

¿Y qué sucedía cuarenta años después? En primer lugar, parece haber ocurrido un desplazamiento. El lugar que anteriormente ocupaba el psicoanálisis ahora parece haber sido ocupado por el psicoanalista en tanto poseedor no sólo de un saber específico, sino también en tanto ocupante de un lugar social particular. O, dicho de otro modo: el psicoanálisis ya no es identificado (o no lo es tanto) como una teoría capaz de nutrir, entre otras, las reflexiones sobre la vida humana individual y colectiva, sino con la figura misma del psicoanalista. En la última

crisis, las intervenciones públicas de los psicoanalistas parecían estar validadas menos en lo que el psicoanálisis podía llegar a aportar para la comprensión y diagnóstico de la coyuntura, que en el capital simbólico acumulado por los mismos en tanto tales. No era su saber sino su posición como psicoanalistas lo que autorizaba sus intervenciones. Pero, por otro lado, lo que la crisis general del 2001 al 2003 parece haber puesto en evidencia a través de las intervenciones de los psicoanalistas es un estado particular del campo psi, cruzado de tensiones percibidas por algunos como crítica y del cual el tipo de textos que analizamos aquí parecieran constituir un emergente.

Finalmente, a través de sus reflexiones psicoanalíticas sobre la crisis lo que los psicoanalistas develaron públicamente estaba menos vinculado, probablemente, a los enigmas sobre las causas de los males argentinos y mucho más a las maneras en que construían o fundaban su autoridad y a sus modos de distinguir estilos y tradiciones psicoanalíticas.

NOTAS

Este trabajo forma parte del proyecto “La crisis y el desarrollo de las ciencias sociales en la Argentina”, financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (PICT 2002, 10803). Agradecemos los comentarios de Hugo Vezzetti, Carlos Bruck, Alejandro Dagfal, Rosana Guber, Martha Rodríguez, Jimena Caravaca, Adriana Marshall y los miembros del grupo de investigación del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

1. Conviene aquí definir los términos. En el contexto de este trabajo, cuando nos referimos al psicoanálisis no estamos hablando de una práctica terapéutica concreta sujeta a una ortodoxia, sino a un número difuso de prácticas y discursos que se legitiman y reconocen su genealogía en las ideas de Freud. Ver Plotkin, Mariano Ben, *Freud in the Pampas. The Emergence and Development of a Psychoanalytic Culture in Argentina*. (Stanford: Stanford University Press, 2001). Hay traducción al castellano: *Freud en las Pampas*. (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 2003).
2. Es interesante señalar que la denominación misma de “alternativas” que habitualmente se le da a las terapias no psicoanalíticas da cuenta de la centralidad del psicoanálisis asumida socialmente.
3. Este fenómeno ha sido notado y discutido por Hugo Vezzetti; véase: Vezzetti, Hugo, “El psicoanálisis y la esfera pública”, *Punto de Vista* 50 (1994), pp. 19-22.
4. A partir de los años 80 surgió una fuerte corriente “anti-psicoanalítica”, particularmente en el mundo anglosajón. La misma parece en tiempos más recientes haber llegado a Francia. El ejemplo más claro de esto ha sido la reciente publicación de *Le livre noir de la psychanalyse* (Paris: Les arènes, 2005). Respecto de esto, ver también el reportaje publicado en el diario *La Nación* a Mikke Borch-Jacobsen (“El psicoanálisis va a desaparecer, dice Mikkel Borch-Jacobsen”. *La Nación*, 14 de septiembre de 2005). *La*

Nación es uno de los diarios más antiguos que circula en Argentina. Fue fundado por el ex presidente Bartolomé Mitre (1862-1868) en 1870 y hasta el día de hoy sigue en manos de la familia Mitre. Es el segundo diario argentino en cuanto a tirada y por lo general ha estado vinculado a los sectores conservadores de la sociedad. Un perceptivo análisis de las tensiones producidas dentro del campo psiquiátrico entre tratamientos psicoterapéuticos de índole psicoanalítica y tratamientos basados en el uso de drogas dentro del ámbito hospitalario puede encontrarse en el libro de Lakoff, Andrew, *Pharmaceutical Reason: Knowledge and Value in Global Psychiatry*, (Cambridge: Cambridge U.P., 2005).

5. Sin embargo, la publicación en el periódico *La Nación* de la entrevista al filósofo Mikkel Borch-Jacobsen, citada en la nota anterior, dio origen a la publicación por parte del mismo diario de una serie de notas editoriales de psicoanalistas argentinos y franceses, como así también de cartas de lectores donde se intentaba refutar sus argumentos. Ver entre otros, Laurent, Eric, “El agujero negro de las vanidades”, Nota editorial, *La Nación*, 19 de octubre de 2005; en la misma página, Rodolfo, Ricardo, “Un orgullo para los argentinos”; Marucco Norberto (APA), “Los argentinos no elaboramos las crisis”, *La Nación*, 1 de octubre de 2005; Vegh, Isidoro, “Sólo los dictadores le temen a Freud”, *La Nación*, 15 de octubre de 2005. Una excepción a este patrón es una nota del psicoanalista lacaniano Germán García (fuertemente vinculado a la corriente que lidera el yerno de Lacan, Jacques Alain Miller) quien utiliza, invirtiéndolos, los propios argumentos de los detractores del psicoanálisis. Mientras algunos de éstos señalan como un aspecto negativo del psicoanálisis la imposibilidad de cuantificar sus éxitos, García enfatiza la imposibilidad de cuantificar sus fracasos. Ver García, Germán, “La crítica del psicoanálisis es parte de la cultura actual”, entrevista realizada por Guillermo Piro para la Asociación Mundial del Psicoanálisis, en: <http://www.wapol.org:80/es/archivo/TemplateImpresion.asp?intTipoPagina=2&intEdicion=2&intIdiomaPublicacion=1&intArticulo=512&intIdiomaArticulo=1&intIdiomaNavegacion=1>.
6. Wagner, Peter, *A History and Theory of the Social Sciences*, (London: Sage, 2001). Ver también Koselleck, Reinhart, “Some Questions Regarding the Conceptual History of ‘Crisis’” en Koselleck, *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, (Stanford: Stanford University Press, 2002), 238.
7. La distinción entre intelectuales y expertos, sin embargo, no es absoluta. Ver Neiburg, Federico y Mariano Plotkin, “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en Neiburg y Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, (Buenos Aires: Paidós, 2004).
8. No creemos necesario enfatizar que no nos estamos refiriendo en este trabajo a “todos” los psicoanalistas ni tampoco a “todas” las formas de intervención que los mismos desarrollaron frente a la crisis. Lo que nos interesa es analizar el tipo de intervención llevado a cabo por aquellos psicoanalistas que decidieron participar del debate público a través de los medios escritos. Desde luego, tampoco en este recorte tenemos la pretensión de exhaustividad, pero consideramos que nuestro hábeas es aceptablemente representativo. Otro tipo de intervenciones, tales como la participación de grupos de psicólogos y psicoanalistas asesorando o proporcionando terapias a grupos afectados por la crisis, quedan fuera del espacio de este trabajo.

9. Lomnitz-Adler, Claudio "Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City", *Public Culture* (15) 1, (2003), pp. 127-147.
10. Sobre los "nuevos pobres", ver: Minujin, Alberto y Kessler, Gabriel, *La nueva pobreza en la Argentina*, (Buenos Aires: Planeta, 1995); Minujin, Alberto (comp.), *Cuesta Abajo: los nuevos pobres*, (Buenos Aires: Losada, 1992).
11. "La vida dentro del corralito de la angustia", *Clarín*, 17 de marzo de 2002, suplemento Zona, p. 3.
12. *Ibíd.*
13. Lakoff, *Pharmaceutical*.
14. Berenstein, S.P. de y P. Grinfeld, "Crisis social y Cultura", *Revista Psicoanálisis* XXIV:1-2 (2002), pp. 81-98. Este trabajo, en verdad, había sido escrito en ocasión del XXIII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, "Psicoanálisis y Cultura: entre el diván y la comunidad", Gramado, Brasil, septiembre de 2000.
15. Revista fundada en 1975 que parece no adscribir a ninguna tendencia en particular dentro del mundo psicoanalítico argentino.
16. Gerez Ambertín, Marta, "El psicoanálisis y sus extravíos en Argentina", *Actualidad Psicológica* XXVII: 294 (enero-febrero 2002).
17. Pelento, Lucia, "Vos estuviste bien jodidito, dijo el paciente y le hablaba al país", *Página12* (Psicología) 29 de mayo de 2003. *Página12* es un diario fundamentalmente de opinión y de periodismo de investigación, fundado en 1987. A pesar que su tirada no es de las más grandes, se lo considera un diario formador de opinión más que de información y su público lector está constituido por esa franja caracterizada habitualmente como progresista. Es el único diario de tirada nacional que cuenta con una sección especializada en psicología y psicoanálisis.
18. Emil Kraepelin (1856-1926) era un psiquiatra alemán conocido particularmente por su riguroso sistema de clasificación de enfermedades mentales.
19. Galende, Emiliano, "El cerebro piensa mal, quiso pensar el doctor", *Página12* (Psicología), 11 de septiembre de 2003. Es importante destacar el papel central que este suplemento ocupó durante esos meses en la difusión de las intervenciones de los psicoanalistas sobre la crisis.
20. La Sociedad Psicoanalítica del Sur es una institución psicoanalítica que se presenta a sí misma como alternativa a las instituciones existentes, promoviendo una apertura no dogmática del psicoanálisis hacia otras formas de pensamiento. "Sostenida en un pensamiento de **basamento freudiano**, plantea la necesidad de una opción psicoanalítica de **pluralismo referencial**, diferenciándose de otras posiciones que plantean la ilusoria completud de un esquema teórico único". Ver <http://www.sps.org.ar/InstPres.htm>.
21. Hornstein, Luis, "Abundan la angustia difusa y el vacío", *Página12* (Psicología), 25 de julio de 2002.
22. Carpintero Enrique y Alejandro Vainer, *Las huellas de la memoria. Psicoanálisis y salud mental en la Argentina en los 60 y 70 (1957-1983)*, (Buenos Aires: Topía, 2004-2005). *Topía* (además de la editorial) es una revista independiente publicada desde 1991 que se propone establecer vínculos entre el psicoanálisis y otras disciplinas sociales. Su perspectiva editorial se vincula a las propuestas promovidas durante la década de 1970 por los grupos Plataforma y Documento, a las cuales nos referiremos luego.

23. Vainer, Alejandro, "Nuevos horizontes en salud mental", *Topia*, <http://www.topia.com.ar/articulos/espVainer.htm>.
24. Para citar solamente dos ejemplos, ver Rozitchner, Alejandro, "Nuestro paradójico logro", *La Nación*, 15 de marzo de 2002, sección "Opinión", quien sugiere que los argentinos somos una sociedad sado-masoquista que de tanto vivir angustiada genera las crisis que luego generan más angustia; y Giubellino, Gabriel, "Vivir con incertidumbre, una pesadilla de los argentinos", *Clarín*, 24 de abril de 2002, quien cita casi con exclusividad a psiquiatras y psicoanalistas como autoridades.
25. Al mismo tiempo, en su número de otoño de 2002, el *Journal of European Psychoanalysis* publicaba un dossier sobre la crisis argentina. Ver "Argentina in Turmoil", *Journal of European Psychoanalysis*, 15 (Fall-Winter 2002).
26. Ver al respecto, Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta*, (Buenos Aires: Puntosur, 1991), y Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).
27. Blanco, Alejandro "Gino Germani: las ciencias del hombre y el proyecto de una voluntad política ilustrada", *Punto de Vista* 62 (1998).
28. A partir de los años 50, psiquiatras vinculados al Partido Comunista intentaron introducir la "reflexología", terapia inspirada en la teoría de los reflejos condicionados de Pavlov como alternativa al psicoanálisis. Si debemos creerle a Marie Langer, los reflexólogos terminaban derivando pacientes a psicoanalistas cuando sus terapias no daban el resultado esperado. Ver Langer, Marie, Enrique Guinsberg y Jaime del Palacio, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, (México: Folio, 1981).
29. Visacovsky, Sergio E., *El Lanús. Memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*, (Buenos Aires: Alianza, 2002), pp. 115-151.
30. Ver Plotkin, *Freud*, capítulo 8.
31. "En este número", *Los Libros* 3: 25 (marzo 1972), 2.
32. Kesselman, Hernán, "Plataforma Internacional. Psicoanálisis y anti-imperialismo", *Nuevo Hombre* 1: 6 (agosto 1971), pp. 25-31.
33. Nos referimos a modestia epistemológica de muchos psicoanalistas, desesperadamente en busca de quien los educara en cuestiones políticas.
34. Es de notar que esta fragmentación misma, lejos de ser un dato menor, es evidencia de un estado particular del campo psi en el que parece haber una incapacidad por parte de los actores para ponerse de acuerdo sobre las bases del mismo.
35. Es importante destacar que muchas de las agrupaciones psicoanalíticas se definen precisamente por su interés en vincular al psicoanálisis con otras formas de saber. Esta insistencia en la necesidad de generar cruces sugiere precisamente la dificultad en llevar esto a cabo.
36. Ver Berger, Peter, "Towards a Social Understanding of Psychoanalysis", *Social Research* 32 (1965), pp. 25-41.
37. Nadie duda de las consecuencias traumáticas del gobierno militar. Sin embargo, buena parte de Europa, ese espacio cultural que es muchas veces tomado como modelo de lo que debería ser la Argentina, ha pasado a lo largo del siglo XX por experiencias indudablemente más traumáticas que las nuestras (dos guerras mundiales, totalitarismos de diverso índole, experiencias auténticamente genocidas, incluyendo el Holocausto judío,

- deportaciones, etc.). Sin embargo, esas sociedades parecen haber estado mejor equipadas para impedir que las consecuencias de esas experiencias horribles las llevaran a una crisis detrás de la otra. Sobre el concepto de trauma aplicado a la dictadura militar argentina, ver Robben, Antonius C. G. M., *Political Violence and Trauma in Argentina*, (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2005).
38. Rozitchner, “Nuestro”.
 39. “Entre la política y la subjetividad”. Entrevista con Silvia Bleichmar, *La Nación*, sección Cultura, 14 de abril de 2002.
 40. Sobre “habitus”, ver Elias, Norbert, *The Germans. Power Struggle and the Development of Habitus in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, (New York: Columbia, University Press, 1996).
 41. Esta revista forma parte de una constelación de publicaciones psicoanalíticas independientes de instituciones que expresan su intención de abrir el diálogo con otras formas de conocimiento. Sin embargo, desde su misma acta constitucional se puede apreciar el uso que se hace de jerga lacaniana que es hermética para quien no participa de ese universo simbólico. Ver http://www.psyche-navegante.com/_2004/Numeros/Acta_constitucional.htm.
 42. Rodríguez, Sergio, “Si yo no acepto ser corrupto, habrá otro que lo aceptará”, *Página12*, 18 de julio de 2002.
 43. Martinto de Paschero, Lucía, “Situación actual”, *Actualidad Psicológica* 27: 296 (abril 2002).
 44. Moreira, Diego, “La cacerola es más que una ‘frágil vasija’”, *Página12* (Psicología), 7 de febrero de 2002.
 45. Franco, Yago, “En la Argentina, el miedo a desear”, *Página 12*, 5 de septiembre de 2002.
 46. Santcovsky, Mónica, “‘Jefe de Familia’ es un esclavo”, *Página 12*, 8 de agosto de 2002.
 47. Meroni, María del Carmen, “Histeria y convertibilidad”, *Página 12* (Psicología), 21 de febrero de 2002.
 48. Vegh, Isidoro, “Sólo los dictadores”.
 49. García, Germán, “La carencia se cita con el exceso”, *Página12* (Psicología), 31 de enero de 2002.
 50. Carpintero, Enrique, “El cacerolazo, según Baruch de Spinoza”, *Página12* (Psicología), 21 de febrero de 2002.
 51. Esta no fue la única vez que García ironizó sobre la tendencia a copiar y sobre citar de los analistas lacanianos. Ver, por ejemplo, García, Germán, “¿El psicoanalista es parte del cuentapropismo argentino?”, *Gaceta Psicológica*, 82 (Junio-Julio 1989) donde señalaba: “Yo creo que aca se llama producción a corto y pego, a agarrar la tijera, cortar y pegar.”. El lugar de Germán García en el campo psi argentino es muy particular, ya que a la vez ocupa un lugar central en el mundo psi transnacionalizado como representante de Jacques Alain Miller en la Argentina, y un lugar excéntrico como fundador del Centro Descartes que promueve el diálogo entre el psicoanálisis y otras disciplinas.
 52. Moreira, Diego, “La cacerola es más que una ‘frágil vasija’”, *Página12* (Psicología), 7 de febrero de 2002.

53. Meroni, María del Carmen, “Psicoanálisis de la certeza del desastre en la Argentina”, *Página12* (Psicología), 9 de enero de 2003.
54. García, Germán, “Hay impotencia, no incertidumbre”, *La Nación*, Enfoques, 17 de febrero de 2002. En el texto de *La Nación* es presentado como “escritor y psicoanalista”.
55. Michel Sauval, director de la revista *Acheronte*, sin embargo, critica a García por su supuesto reduccionismo psicologista. Lo que queremos enfatizar aquí no es la utilización o no por parte de García de lenguaje psicoanalítico, sino el hecho que deja claro que lo que autoriza su intervención no es su posición de psicoanalista sino su lugar intelectual. Ver Sauval, Michel, “El corralito psicoanalítico”, en <http://www.sauval.com/articulos/corralito.htm>. García también fue criticado por Sauval y por Paola Valderrama (vinculada al Partido Obrero) por las conclusiones políticas que se podrían derivar de sus puntos de vista. Ver Valderrama, Paola, “Cuando el psicoanálisis embobeca. Respuesta a Germán García”, en *Psicomundo*: <http://www.psicomundo.com/argentina/asamblea/comentarios/gg.htm>.
56. García, “La crítica”.
57. Bleichmar, Silvia, *Dolor País*, (Buenos Aires: libros del Zorzal, 2002).
58. Bleichmar, *Dolor*, pp.33-34.
59. Bleichmar, *ibíd.*
60. Bleichmar, *Dolor*, p. 35.
61. “Esa cuota de malestar extra que nos vemos obligados a pagar en ciertos casos más allá de las necesarias e imprescindibles renunciaciones que toda vida social impone” (Bleichmar, *Dolor*, 37). Este malestar se expresaría en la pérdida de toda ilusión, en la muerte de toda esperanza, en la imposibilidad de gestar proyectos trascendentes que permitan avizorar la creencia de que el mal presente podría ser eliminado en el futuro, y que permitiría hacer tolerable el presente.
62. Bleichmar, *Dolor*, pp.28-29.
63. Bleichmar, *Dolor*, pp.68-69.